



Ponente¹

GUSTAVO ANDÚJAR

Presidente de SIGNIS Internacional

Gracias, Javier, señor Presidente, señora Vicepresidenta, Director del Congreso, amigos todos.

En primer lugar, me disculpo, porque tengo una ronquera tremenda, yo creo que el frío de Madrid tampoco ayuda. Puedo hablar, no se preocupen, no me molesta, pero les va a molestar a ustedes oírme con esta voz de gallo ronco. Es hora complicada, esta hora del medio día es complicada; si se alarga mucho y alguno se siente muy cansado, puede salir con confianza. Háganlo en silencio para que no despierten a los que se quedan.

Mi presencia aquí se debe, en primer lugar, a mi condición de presidente de SIGNIS, la Asociación Católica Mundial para la Comunicación. El fraterno, don Rafael Ortega, me conoció en 2007 a través de nuestro común amigo, don José María Gil Tamayo, actual Secretario General de la Conferencia Episcopal Española, quien era entonces responsable de su departamento de comunicación. Visitaba yo Madrid en funciones de SIGNIS, de la que era su vicepresidente mundial. Rafael y yo volvimos a vernos en Roma, en 2014, en el Congreso Mundial de SIGNIS, durante el cual fui elegido presidente y, a partir de ahí, comenzamos un proceso de incorporación a SIGNIS de los antiguos miembros españoles de la desaparecida UCIP (la Unión Católica Internacional de Prensa), que está a punto de completarse. Es siempre eficaz para rebajar los propios humos descubrir que no somos tan conocidos como pensamos o quisiéramos y, a veces, tenemos evidencias de ello de forma un tanto brutal. Ya yo perdí la cuenta de las veces que dije a alguien: “Yo trabajo con SIGNIS”. Y la respuesta fue: “¿Y qué cosa es esa?”. Es por ello que he decidido comenzar por explicar qué es SIGNIS y hablarles un poco de nuestra asociación que, dicho sea de paso, tiene un firme compromiso con las libertades.

En 1928 y de forma más o menos simultánea, fueron creadas en Bélgica por organizaciones laicales femeninas la Organización Católica In-

¹ Transcrito por audición.

ternacional para el Cine (OCIC) y la Asociación Católica Mundial de Radio (UNDA), mientras que en Suiza se creaba la Unión Católica Internacional de Prensa (UCIP).

Desde entonces, la aparición de la televisión, los avances de la grabación y edición de audio y vídeo y el advenimiento de la era digital y, finalmente, el surgimiento de Internet, han propiciado una inexorable convergencia de los medios de comunicación, que explican que tengamos, finalmente, una única organización católica internacional de comunicación.

SIGNIS se creó como tal en noviembre de 2001 a partir de la fusión de UNDA y OCIC. Durante sus primeros años, sus actividades estuvieron centradas, por una parte, en el cine y la televisión con jurados en los más importantes festivales internacionales de estos medios y también en la radio, con la producción y distribución de programas, el suministro de equipos especializados y adiestramiento profesional. Los servicios de SIGNIS en Roma continuaron una importante labor comenzada por OCIC de apoyo técnico a las misiones, sobre todo en África, con el montaje de estudios de radio, vídeo y televisión y un servicio de conectividad a Internet satelital. Todo esto se completaba con un importante trabajo en el área de la educación para los medios.

Posteriormente, al perder UCIP (Unión Católica de Prensa) el reconocimiento de la Santa Sede y desaparecer, de hecho, como asociación católica de fieles, tanto de Pontificio Consejo para los Laicos como de Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales, decidieron que SIGNIS, en su condición de asociación de fieles con estatutos canónicos aprobados por la Santa Sede, quedara como la única asociación católica mundial para la comunicación y le pidieron que acogiera a los antiguos miembros de UCIP.

Los recientes cambios en la curia romana han mantenido el doble carácter de esta relación, antes con dos pontificios consejos, ahora con dos de los nuevos dicasterios. Acabamos de tener, estos días pasados, una reunión del ejecutivo de SIGNIS en Roma y sostuvimos entrevistas tanto con el cardenal designado Kevin Farrell, recientemente nombrado prefecto del nuevo dicasterio para los laicos, la familia y la vida, como con monseñor Darío Viganò, prefecto de la secretaría para la comunicación. El primero, aporta la base jurídica legal de nuestra relación con la Santa Sede mientras que, el segundo, es nuestra contraparte directa en el trabajo de comunicación, especialmente en el apoyo a la pastoral y en la teología de la comunicación. Al mismo tiempo que asociación de fieles católicos, SIGNIS es una organización no gubernamental que tiene miembros en más de cien países y contactos en cerca de 140. Como Asociación Católica Mundial para la Comunicación, reúne a profesionales de la radio, la televisión, la prensa, el cine, el vídeo, la educación

para los medios, internet y las nuevas tecnologías y tiene un estatus consultivo ante UNESCO, el Consejo Económico y Social de Naciones Unidas, en Nueva York y Ginebra, y el Consejo de Europa. Su secretariado general está en Bruselas y tiene una oficina en El Vaticano, que brinda servicios de asesoría y apoyo técnico a la Iglesia en África, Asia y el Pacífico.

A mí me gusta resaltar que somos una entidad con un pie firmemente asentado en la Iglesia y el otro firmemente asentado en el mundo profesional de la comunicación. Católico significa universal y SIGNIS es un epítome de catolicidad. En su Consejo de Administración, los miembros proceden de Francia, Estados Unidos, Luxemburgo, Italia y Canadá, pero también de Myanmar, Nueva Caledonia, Costa de Marfil, Perú, Indonesia, Fiyi, Nigeria y Argentina. Tenemos miembros en todos los rincones del planeta y es sumamente gratificante experimentar cómo la Iglesia está viva y activa en todos esos rincones, a veces, contra toda expectativa humana. ¿Quién podría imaginar que en Tailandia, un país con una población 95% budista, los premios anuales de la Conferencia Episcopal a los Medios fuesen televisados en vivo y vistos por casi todo el país? En Sri Lanka, con apenas 7% de cristianos en la población, la ceremonia de entrega de los premios de SIGNIS local a los medios es el equivalente local de la entrega del Oscar. En Cuba, gracias al prestigio, en su tiempo, de OCIC y ahora de SIGNIS, un jurado católico entrega un premio desde hace más de treinta años en el Festival Internacional de Cine Latinoamericano, uno de los más importantes eventos culturales del país. El premio católico se entrega, además, durante la vistosa gala de premiación oficial televisada a todo el país.

Pero, como sabemos, no en todos los lugares hay tolerancia para los diferentes. El hijo de Lawrence John, mi vicepresidente malasio, tuvo que estudiar Medicina en Cuba con una beca porque el gobierno islámico de Malasia no permite que un católico pueda estudiar Medicina. SIGNIS responde a injusticias como esta desarrollando la actividad que llamamos *advocacy* o “reivindicación” y que reviste muchas formas: activas campañas de respeto a los derechos de los trabajadores inmigrantes que, por ejemplo, en el caso de Malasia, son muchos de ellos de origen chino o tamil, doblemente discriminados como inmigrantes y como no musulmanes; campañas por la defensa de los derechos de los niños, que fue el tema de nuestro congreso mundial en 2009, en Chiang Mai, en Tailandia; premios en festivales cinematográficos o premios especiales de nivel mundial a películas que promueven el respeto a los derechos humanos destacadas por nuestros miembros de la Jornada Mundial por el Acceso a la Información; campañas contra la violencia doméstica o en defensa del medio ambiente mediante la participación en proyectos como

la red Pan-Amazónica, promovida en colaboración con el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) y muchas otras. Es una tarea transversal a mucho de lo que hacemos y que, en buena medida, nos caracteriza.

Es cierto que soy presidente de SIGNIS y, como tal, he querido aprovechar la ocasión para presentarles este testimonio de lo que es nuestra asociación y su compromiso con las libertades, pero antes que eso, soy un católico cubano y pienso que, cuando me invitó, don Rafael también tenía en mente una cena a la que don José María Gil les pidió a los miembros de UCIP España que me invitaran y en la que hablé largamente de la vida de la Iglesia en Cuba, lamentablemente, desconocida para muchos. Aurora García, del departamento de comunicación del Congreso, me escribía hace un par de días para informarme del interés de dos medios católicos por entrevistarme, porque –y la cito– “su intervención en el Congreso está despertando mucho interés”. Me sorprendió un poco, pero cuando vi el contexto en que *Religión Digital* reportó sobre mi participación y las frases que desempolvó de una ponencia mía presentada en La Habana hace años, se disipó el misterio. Agradezco profundamente ese interés que, en definitiva, tiene poco que ver conmigo en lo personal y mucho con la Iglesia que peregrina en Cuba.

Debo comenzar por decir que todo acontecimiento relacionado con Cuba suscita numerosos análisis, evaluaciones, declaraciones y posicionamiento de diverso cariz y signo. Tomemos, por ejemplo, las visitas papales, que han generado interminables debates sobre qué estuvo bien y qué mal, quién ganó y quién perdió, cómo debió haber sido para que fuese realmente fructífera, con quienes debió o no, reunirse el papa, qué se dijo de más o qué faltó por decir.

Y es que, como es usual en todo lo relacionado con Cuba, muchas de tales consideraciones están afectadas por la inveterada tendencia a mirar a la isla a través de filtros ideológicos de uno u otro color donde unos ven solamente un país que envía a miles de competentes médicos a asistir a los más necesitados en los lugares de más difícil acceso en cualquier parte del mundo, otros no encuentran más que un país sin libertad de expresión ni asociación, donde toda oposición activa al Gobierno, incluso por medios pacíficos, es punible con largas penas de prisión. Hay quienes critican también el envío de los médicos cubanos y lo presentan ya sea como una operación propagandística o como un negocio porque, de hecho, es la principal fuente de ingresos del país.

En cuanto a la falta de libertades civiles y políticas, algunos la justifican argumentando que el país vive en una situación de plaza sitiada y, en

esas condiciones, toda disensión equivale a una tradición. Cada quien, en resumen, ve lo que quiere ver.

En un ambiente así de polarizado vive y trabaja la Iglesia en Cuba, cuestionada por los opositores que quisieran que ella obrase como el partido de oposición que no le corresponde ser e interpretan su negativa como un venderse al Gobierno a cambio de privilegios; y también por el Gobierno, que ha alimentado durante demasiado tiempo la sospecha de que todo lo que hace la Iglesia es por buscar poder e influencia. Muchas de las tensiones que se han experimentado históricamente entre la Iglesia y el Gobierno tienen su origen en una incomprensión básica de la naturaleza y misión de la Iglesia y en el afán por interpretarla en términos políticos.

Don José María Gil acaba de dar una conferencia hace unos días, una entrevista a *Vida Nueva*, en la que decía sentenciosamente: “La Iglesia no es ni un partido y un opositor.” El afán, decía, por interpretar a la Iglesia en términos políticos, considerándola aliada o enemiga según sus actuaciones o pronunciamientos, se considera que la ubican en un lado u otro de la confrontación partidista. Este enfoque, a la luz de los acontecimientos de los últimos tiempos en Cuba, parecería estar cambiando; muy lentamente, pero cambiando.

Como a menudo ocurre, debemos buscar en el pasado claves para una mejor comprensión del presente. La Iglesia católica tuvo un papel protagónico en el nacimiento de la identidad nacional cubana durante la primera mitad del siglo XIX a través de hombres como el obispo Juan José Díaz Espada, el padre José Agustín Caballero, a quien José Martí llamó padre de los pobres y de nuestra filosofía y, sobre todo, el padre Félix Varela, mentor de esa generación. Ellos contribuyeron a que en las aulas del colegio seminario San Carlos se formara la primera generación de grandes pensadores cubanos. No podría dejar de mencionarse también la ingente labor asistencial y educativa desempeñada por la Iglesia desde el inicio de la evangelización en la isla.

La segunda mitad del siglo XIX, sin embargo, marcó una situación diferente en cuanto al posicionamiento del clero católico y, en particular, de la jerarquía ante el creciente sentimiento independentista. Sabemos cuán denodadamente trató España de evitar la independencia cubana, dispuesta a luchar, como se decía entonces, hasta el último hombre y la última peseta. Otra frase que todavía se emplea hoy, testimonio del valor que se asignaba a la posesión de la isla: “Más se perdió en Cuba”. Se usa para ofrecer consuelo ante una pérdida que se lamenta. Ante la independencia de sus colonias en Sudamérica, y en particular ante experiencias como la de Varela y otros sacerdotes criollos en la América española que se enfrentaron al poder colonial, la

metrópoli aprovechó el Patronato Regio para lograr que se nombraran sistemáticamente obispos políticamente comprometidos con la colonia. El clero en la isla pasó pronto a ser mayoritariamente peninsular y anti independentista. Santander y Frutos, el último obispo de La Habana en la etapa colonial, era senador del reino y se hizo famoso por sus fogosas homilias, en las que fustigaba incansablemente al ejército libertador. La Iglesia católica llegó así a la independencia y al siglo XX, al nacimiento de la República en 1902, con una imagen anti-independentista y pro-colonial, que la mantuvo en general al margen de la vida nacional durante casi las tres primeras décadas del siglo. Los restos del padre Félix Varela, a quien José Martí llamó con veneración “el santo cubano”, fueron traídos a Cuba de San Agustín de La Florida, no por la Iglesia, sino por los profesores de la Universidad de La Habana, para descansar no en la catedral de La Habana, donde deberían estar, sino en el Aula Magna de la Universidad. No puedo evitar añadir que el obispo de La Habana, en ese momento, no fue a recibir los restos porque tenía que celebrar una eucaristía para unas monjas.

Ayer se hablaba de [...] y yo siempre tiemblo recordando aquella frase de San Agustín: “Temo a Cristo que pasa y que yo no lo agarro, no lo tengo”. Eso es un ejemplo clásico de perder una oportunidad; una oportunidad irre recuperable. Un nuevo giro positivo ocurrió con el surgimiento de la Acción Católica Cubana a partir de finales de la década de los veinte, y los sucesivos nombramientos de una serie de obispos de un calibre humano y pastoral excepcional, como Manuel Arteaga Betancourt (después el primer cardenal cubano), Enrique Pérez Serantes, Alberto Martín Villaverde y otros, que marcaron una etapa de apenas treinta años durante los cuales la Iglesia, apoyándose en la labor ejemplar de un laicado más que notable, logró un prodigioso florecimiento y alcanzó a tener una presencia activa y constructiva en todos los ámbitos de la vida nacional. Faltó tiempo, no obstante, para una evangelización en profundidad.

Los católicos participaron activamente en la lucha contra la dictadura de Batista y tuvieron una presencia significativa en la revolución triunfante en 1959, que fue recibida con inmenso júbilo por la inmensa mayoría del pueblo y también por la Iglesia. De la acogida gozosa a la revolución triunfante, la Iglesia pasó pronto a la crítica de la creciente influencia comunista en el Gobierno, debido a temores suscitados por la traumática experiencia de la guerra civil española y la conocida marginación de los creyentes en los regímenes comunistas europeos. Fue el inicio de un largo desencuentro que, si bien se ha visto atenuado en tiempos recientes, nunca se ha resuelto del todo.

La Revolución triunfó tres años antes de que comenzara el Concilio Vaticano II. Al inicio de la etapa revolucionaria, los católicos cubanos partían de una vivencia eclesial preconiliar y, por lo tanto, no tan rica en el espíritu de diálogo y apertura que trajo el Concilio. En los escritos de la época se nota una cierta confusión de planos entre lo propiamente eclesial y las circunstancias en las que la Iglesia debía desarrollar su labor. Recuerdo una pastoral de monseñor Pérez Serantes que se titulaba “Roma o Moscú”, una disyuntiva impensable hoy en día; nunca un obispo lo plantearía hoy en día.

La Revolución, por otra parte, terminó por promover, durante más de treinta años, un ateísmo similar al que la Iglesia denunciaba y ha tendido consistentemente a mirar a la Iglesia desde una perspectiva política, extraña a la misión de ésta.

Tras casi treinta años de supervivencia en un contexto de Estado confesional ateo, comenzaron a sucederse cambios a partir de la celebración del Encuentro Nacional Eclesial Cubano de 1986 y el viraje radical que representó el paso de una pastoral de mantenimiento a una pastoral misionera. Los cambios continuaron con la muy paulatina pero incesante conquista de espacios de presencia social de la Iglesia y la persistencia en un inmovible compromiso de servicio para con el pueblo y una firme voluntad de diálogo que poco a poco ha ido dando frutos.

La visita del San Juan Pablo II en 1998 abrió otra etapa de pasos hacia la normalización, con la restauración del día de Navidad como feriado nacional, la autorización de procesiones y celebraciones litúrgicas en lugares públicos, y el acceso, todavía sumamente limitado, pero ahora al menos posible, de las autoridades eclesiásticas al uso de los medios masivos de comunicación. No hay que embullarse demasiado, cada obispo puede hablar una vez al año o dos veces al año por radio quince minutos el día de la patrona nacional y en la fiesta de la diócesis. Son ocasiones muy excepcionales. Cuando hay alguna celebración eucarística de carácter nacional muy importante en el Santuario del Cobre, puede ser que se televise en un canal de alcance nacional, pero seguramente se hará en un canal secundario a la hora de la telenovela.

Ese proceso ha continuado, y ha alcanzado, por el momento, niveles muy significativos, como ocurrió con el diálogo abierto entre el más alto nivel de las autoridades de la Iglesia y el Gobierno en mayo de 2010, que tuvo como uno de sus resultados más visibles el proceso de excarcelación de decenas de presos políticos y una importante amnistía concedida a finales de 2011 a casi tres mil presos comunes. En el comunicado oficial con que se anunció esta amnistía se mencionaba expresamente la cercanía del Jubileo por los 400 años del hallazgo de la imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre y la visita

del papa Benedicto XVI. Cuba es, indudablemente, a pesar de todo ese tiempo de propaganda y educación ateísta y ateizante, un país creyente. A mí me sorprendía siempre encontrar en los almanaques mundiales cifras que decían que el 68% de los cubanos eran agnósticos. Decía: “¿De qué país están hablando? Ciertamente, no de Cuba”. El 90% de los cubanos son creyentes, sin duda.

Quienes participamos, de algún modo, en las multitudinarias procesiones y celebraciones al paso de la imagen de la Virgen de la Caridad por todos los núcleos poblacionales del país en 2011 y 2012, en ocasión de los 400 años del hallazgo de la imagen, tuvimos una clara evidencia de que, además, esa fe de nuestro pueblo tiene raíces católicas. Millones de cubanos de todo estrato social, credo religioso o político, color de piel y nivel cultural acompañaron a la imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre y les rindieron emocionados homenajes de respeto y cariño en todos los rincones del país a lo largo de un recorrido histórico de 16 meses y 28.000 kilómetros, que alcanzó a todos los núcleos poblacionales del país y a no pocas escuelas, hospitales y cárceles, entre agosto de 2010 y diciembre de 2011, como preparación del Jubileo por el 400 aniversario del hallazgo de su bendita imagen. La abrumadora mayoría de los que acudían convocados por el paso de la imagen lo hacían con gran solemnidad y respeto, y con gestos inequívocos de genuina veneración religiosa de raíz católica. Ciertamente, el número de católicos que va a misa los domingos, reciben asiduamente sacramento y participan activamente en la vida de alguna comunidad católica en Cuba, es pequeño. Pero la atención pastoral de la Iglesia no se limita exclusivamente a ellos. En Cuba, la mayoría de los niños reciben el bautismo en la Iglesia católica. En La Habana, por ejemplo, es la gran mayoría, con años, durante los cuales, la proporción de niños bautizados ha sido cercana al 80% de los nacidos.

Entre las dos terceras y las tres cuartas partes de los entierros que entran al cementerio de Colón, que es el cementerio más importante de La Habana, pasan por la capilla para un responso católico y la Iglesia católica es apreciada y respetada por la gran mayoría del pueblo cubano, no sólo como una institución creíble que anuncia un mensaje positivo y de valores, sino también como depositaria de lo sagrado. Un papel que, por ejemplo, le reconocen abiertamente los practicantes de la santería. Cuando los santeros acuden a un templo, no van a una iglesia evangélica, van a una iglesia católica y lo hacen con recogimiento y respeto. Allí bautizan a sus hijos y ofrecen misas por sus difuntos.

Se ha criticado a la Iglesia en Cuba por una supuesta complicidad al mantener silencio acerca de los abusos del Gobierno a los derechos humanos. Detrás de esta crítica, está toda una escuela de pensamiento que prefiere

el montaje de performances públicas que apuntalen su propia imagen antes que un compromiso con empeños menos vocales, pero más eficaces. Hay también un desdén por el hecho ampliamente demostrado de que el Gobierno cubano jamás cede ante presiones y posiciones de fuerza. Si la actuación del cardenal Ortega durante los acontecimientos de mayo de 2010 hubiera comenzado con una vibrante denuncia de los atropellos a las Damas de Blanco ante la prensa internacional, el resultado habría sido un atrincheramiento del Gobierno y no la liberación de los padres, hermanos e hijos que guardaban prisión desde 2008.

La Iglesia ha sido muy clara e incluso categórica en todos sus documentos sobre temas centrales para la Iglesia: la dignidad de toda vida humana, el genuino ejercicio de la libertad, la búsqueda de la verdad como presupuesto para alcanzar la libertad, siempre enunciados con el tono del que, respetando la libertad del otro, prefiere proponer a imponer. Un área en la que la presencia social de la Iglesia se ha consolidado significativamente es en el diálogo con la cultura y el mundo de pensamiento del país.

Un primer empeño fue el de los padres dominicos, que crearon y mantienen celosamente un espacio privilegiado para ese diálogo en el aula Fray Bartolomé de las Casas, del habanero convento de San Juan de Letrán, de fiesta este año, que los dominicos cumplen 800 años, donde nos convocan puntualmente cada cuarto jueves de mes para disfrutar ciclos de conferencias de muy alto nivel y gran actualidad, sobre temas diversos y de pensamiento contemporáneo ofrecidas por ponentes de la más amplia gama de opiniones, pero siempre es un espíritu sereno abierto al intercambio respetuoso. En la misma sede, un centro cultural del mismo nombre que el aula ofrece variados cursos y los servicios de una excepcionalmente bien surtida y muy activa biblioteca.

En Santiago de Cuba, el Centro Cultural y de Animación Misionera "San Antonio María Claret" utiliza ejemplarmente sus bien concebidas instalaciones en la parroquia de la Trinidad, especialmente en la organización de exposiciones de artes plásticas dignas de las mejores galerías de arte. Su concurso "Salón Nacional de Arte Religioso" se celebra cada año en diciembre. El Centro de Bioética San Juan Pablo II es reconocido como un referente a nivel nacional en su especialidad, incluso al más alto nivel académico, y tanto su Congreso como sus jornadas anuales constituyen las más importantes actividades científicas que se realizan sistemáticamente en el país en ese campo, además de los cursos de maestría que ofrece y en los que han participado numerosos profesionales del sector de la salud. Cito más ejemplos, pero los salto ahora por razón de brevedad.

Los concursos y premios de creación artística literaria y periodística promovidos por publicaciones católicas como *Vivarium* o *Palabra Nueva*, alcanzan cuotas cada vez más altas de calidad y reconocimiento y la revista *Espacio Laical* ha reanudado, tras una breve interrupción, sus prestigiosos encuentros en diálogo, donde se debaten temas medulares de la vida nacional. Este es un espacio que ofrecemos en la revista que yo dirijo; un espacio trimestral en el cual se convoca a un pequeño grupo de académicos que presentan un tema. Siempre escogemos temas que algunos llamarían polémicos; a mí me gusta describirlos como retos de la sociedad cubana. Por ejemplo, en Cuba no se habla de racismo, es como un problema resuelto (no está el problema resuelto, hay racismo en la sociedad cubana). Nosotros organizamos un coloquio sobre racismo y tuvimos una participación excelente, tanto de los académicos, que prepararon el tema como del debate posterior, todo lo cual se registra, se graba y se edita para su publicación en la revista. Es una de las secciones de la revista más asiduamente buscadas, porque son los temas de los que no se habla abiertamente en el país. Nosotros lo ofrecemos. Hago una pausa para destacar esto: durante toda la etapa republicana, antes de la revolución, la intelectualidad cubana era predominantemente anticlerical, anticatólica, laicizante, muy militante.

Después de la revolución, vivimos una luna de miel con el sector de pensamiento del país y ocurre que les ofrecemos espacios de libertad, de intercambio. La gente que viene a los espacios nuestros a debatir un tema son recibidos como ellos mismos y no como a quien representan o a lo que se espera de ellos que digan. Pueden decir lo que quieran. Además, hay un interés especial en participar a *lectio inauguralis* del centro cultural que yo dirijo. Invitamos al director de la Biblioteca Nacional, recién nombrado. Estaba encantado y agradeció muchísimo. Cuba no es Suiza y a la gente hay que llamarle unos días antes para recordárselo. Yo llamé como diez días antes a su oficina. “¿El doctor Torres Cuevas?”. “No, le dio un principio de infarto y tiene un mes de reposo, no está trabajando”. A esa hora, buscar a alguien que le sustituyera. Llamé a su casa para interesarme por él. “Por favor, ¿para saber del doctor?”. “No, el doctor está enfermo, no está trabajando”. “Ya lo sé, llamé a la biblioteca y me lo dijeron, pero yo llamo para interesarme por él”. “¿Quién habla?”. “Ah, yo soy Gustavo Andújar, del arzobispado”. Era la esposa, Patricia. Hubo un silencio y me dijo: “¿Pero él tiene algo con ustedes en estos días?”. Y le dije: “Bueno, sí, pero no vendrá, porque ahora está de licencia médica”. Dice: “No, él a eso sí va”. Y vino y dio una conferencia excelente, porque se sentía convocado por nuestro espacio.

Con el traslado del seminario a su nueva sede en las afueras de la ciudad, se creó el Centro Cultural Padre Félix Varela, que ocupa el venerable edificio de San Carlos, una hermosísima edificación colonial, cuyas partes más antiguas datan del siglo XVIII. En el centro se ofrecen recitales y conciertos, exposiciones de artes plásticas y funciones de cine y en él funciona un instituto de estudios eclesíásticos del mismo nombre donde, con una licencia de la Pontificia Comisión para la Educación Católica, se cursa un bachillerato en Humanidades de tres años y es posible completar una licenciatura con dos años adicionales. En el curso pasado ya se graduaron los primeros 25 bachilleres. El centro alberga también el proyecto “Cuba Emprende” dedicado a la formación de emprendedores que, en algo más de tres años de actividad, ha graduado sólo en La Habana a unos 1.600 alumnos. Si se cuentan a los otros centros diocesanos, la cifra rebasa los 2.000 graduados. El objetivo de este proyecto es la formación de empresarios con una conciencia social; esa es la razón por la que abrimos este proyecto. Educamos según los principios de la Doctrina Social de la Iglesia, aunque no se le diga como tal. De nuevo, puede haber quien vea en el proyecto por generar capitalismo y mostrar los beneficios de la economía de mercado sobre la planificación centralizada. Eso no es lo nuestro; lo nuestro son los principios de la Doctrina Social en la Iglesia, destino universal de los bienes, solidaridad, subsidiariedad... Lo nuestro es promover la justicia social, no un modelo político que la genere automáticamente.

Yo ahí termino. Eso les da una idea de la forma en que trabajamos, con algunas características adicionales. Por ejemplo, nosotros sabemos que siempre es preferible pedir perdón que pedir permiso y así funcionamos. Porque si uno pide permiso, no contestan. No dicen que no, pero no contestan y, entonces, no se puede hacer. Por eso nosotros, como sabemos que va a salir bien y que va a ser para bien de la gente lo hacemos y, si alguien se molesta, pedimos disculpas, pero ya se hizo. Es así como vamos ampliando los espacios de que disponemos. No esperamos concesiones. No quiero sonar retador, pero los vamos como conquistando; vamos conquistando espacios a base de buena voluntad y de hacer el bien para la gente, que a eso no se opone nadie.

Y termino aquí, para que dé tiempo a algunas preguntas, que seguramente habrá más de una.

[Aplausos]